

CONTESTACIÓN

DE

DON RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ

Señor Director de la Academia Nacional de la Historia,

Señores Académicos,

Señoras, Señores:

Nada podría ser más satisfactorio para mí que acudir a esta tribuna, por disposición de mis ilustres colegas, para dar la bienvenida a José Antonio Calcaño en la oportunidad en que entra a ocupar el Sillón letra N de esta Academia. Ocupada por historiadores de los quilates de Andrés Antonio Silva, Manuel Fombona Palacio, Rafael Villanueva Mata, Enrique Bernardo Núñez y Carlos Manuel Möller, esta curul va ahora a ser prestigiada por la presencia de uno de los más distinguidos representantes de la historiografía nacional como lo es el Profesor Calcaño, espíritu fino y observador que sabe encontrar los repliegues ocultos de los acontecimientos históricos y exponerlos con elegancia, amenidad y precisión ciertamente notables.

De Calcaño se puede decir sin exagerar y sin que en ello pueda verse sombra de lisonja, que es una mentalidad múltiple. Especializado en las difíciles y complejas disciplinas de la musicología, ha abarcado con éxito los más variados campos teóricos y técnicos de esta actividad; de modo que en él son dignos de igual consideración sus trabajos como historiador de la música, como compositor, como director de orquesta y como profesor enseñante. Prestado, como suele decirse, a la diplomacia, rindió servicios valiosos en diversos países de Europa y del Nuevo Mundo así como en la gestión de Director de Política Económica y más tarde Jefe del Gabinete del Ministerio del Exterior; mas, polarizado siempre por su vocación artística e intelectual, durante muchos años hizo labor de crítica musical y de investigación histórica y folklórica recogida en diversos opúsculos. En 1939 publicó un libro titulado "Contribución al Estudio de la Música en Venezuela" y en el resto de su existencia no ha hecho otra cosa que ratificar en la cátedra y en la prensa, en el podium del director y en la fervorosa labor del compositor esas cualidades que le dan una fisonomía tan definida en el ambiente

venezolano. Como compositor que es, desde luego, una de las facetas que personalmente me atraen más en Calcaño es la de sus numerosas obras para coro a *capella*, sus canciones de concierto para voz y piano, sus trabajos para piano solo, sus dos cuartetos de cuerda y sus dos sinfonías, su ballet "Miranda en Rusia" y su suite sinfónica sobre el mismo personaje así como su fuga para gran orquesta sobre tema popular.

Espíritu atento, lleno de curiosidad penetrante y universal, la característica más resaltante de Calcaño es, a mi modo de ver, su interés por las relaciones del hombre con el Universo, fuentes esenciales de su progreso, y de las ciencias con las artes, camino por donde se va de lo material a lo espiritual. En este sentido se puede afirmar que nada que afecte al hombre y a su destino es indiferente a este investigador que es al mismo tiempo un artista. Filosofía, cultura literaria y estética, economía, política, corrientes humanas o psicológicas, religión, todo, en fin, lo que abarca el amplio concepto de la cultura le ha merecido un estudio y ha penetrado en el acervo de sus generales conocimientos. Necesariamente, una mentalidad nutrida de semejantes esencias está preparada para la actividad historiográfica con mucha mayor amplitud y dominio que aquellas que al limitarse a una estrecha especialización se concretan al dato técnico cual si el mero hecho anecdótico y no sus proyecciones intelectuales y filosóficas constituyera la función de la historia.

Yo podría citar diversos trabajos de Calcaño que confirman mi apreciación mas sólo mencionaré dos de ellos en los que se puede estimar plenamente su versación, sus ricos conocimientos y esa característica que he señalado como la más importante de su personalidad intelectual: la universalidad del criterio histórico. Esas obras son su famosa y ya clásica "La Ciudad y su Música" y su estudio sobre el Padre Juan Antonio Navarrete que figura como introducción de uno de los más interesantes volúmenes de la serie de Fuentes Coloniales editada por esta Academia, el que corresponde al N° 60.

El notable trabajo que el Profesor Calcaño ha preparado para su incorporación como Individuo de número de la Corporación que hoy nos reúne, tiene por tema la ciudad de Caracas, o más concretamente, la idea de una historia de esta ciudad que sería oportuno escribir con motivo de cumplirse este año de 1967 el cuarto Centenario de su fundación. "Una historia —dice— que comenzara con el relato de todos los sucesos y las acciones de sus personajes, narrados con arte y vitalidad".

El deseo es, en verdad, loable y estoy cierto de que todos, sin excepción, lo compartimos. Pero yo, personalmente, estoy convencido de algo más: de que el propio Calcaño sería uno de los historiadores y escritores venezolanos de nuestros días más aptos para abordar una tarea semejante.

Sus trabajos ya conocidos y principalmente su citada obra "La Ciudad y su Música", tan rica en informaciones de toda índole y tan abundante en apreciaciones certeras sobre Caracas y sus gentes, sobre Caracas y sus ideas, sobre Caracas y sus empresas, abonan de la forma más amplia esa capacidad. "La Ciudad y su Música" no es sólo una historia de la evolución musical caraqueña sino un múltiple tapiz, bella y agudamente coloreado, de la peripecia de una ciudad que ha conocido las más emotivas y trascendentes ocurrencias históricas en el lapso relativamente breve de sus cuatro centurias.

La serie de publicaciones de variada temática que han aparecido con ocasión de este Cuatricentenario forman un conjunto valioso de materiales que facilitará la labor de ese historiador que vislumbra Calcaño y que, aparte el arduo menester de reunidos y organizados, tendrá qué formarse un criterio bien definido para su examen y desarrollo.

Este, precisamente, es el aspecto más significativo de la lucubración de Calcaño; el criterio que se ha formado él mismo acerca de esta gestión y que generosamente nos ofrece en su grato discurso. Para Calcaño "lo único indiscutiblemente verdadero en la historia son los sucesos'... "Las interpretaciones y conclusiones —afirma— podríamos considerarlas como enriquecimientos o aclaraciones al cuerpo de los hechos". Ciertamente: no es otra la realidad objetiva. Son los hechos, los acontecimientos, las vicisitudes y desde luego los seres que los protagonizan, los que dirigen el quehacer del historiador suscitando en su mente las reflexiones que luego se canalizarán en una corriente interpretativa ya bien configurada dentro del marco de esa moderna ciencia, tan compleja y riesgosa, que se llama Sociología.

Aparentemente simplista, la concepción de Calcaño, repito, es la verdadera pues de otra manera la historia dejaría de ser historia para convertirse en cualquier otra cosa: en fábula, por ejemplo. Y nótese que no digo novela, como acostumbran algunos, porque este género literario, según las modernas proyecciones que lo revaloran, es también historia o sociología, sea cual fuese el margen de invención que pueda Permitirse la imaginación del novelista.

No pretendo desviarme en esta oportunidad del tema fundamental de esta disertación que es el trabajo del Profesor Calcaño. Diré, sin embargo, que siendo este un particular que me atañe como autor de novelas, y en torno al cual he meditado copiosamente, en alguna oportunidad lo plantearé a esta Academia como un motivo de estudio o por lo menos de reflexión. Continuemos, pues, con el sugestivo discurso de nuestro recipiendario y veamos las sugerencias que se irradian de él.

Quiere Calcaño que en esa deseable historia de nuestra cuatricentenaria Caracas figuren, como es natural, los momentos más importantes de la ciudad, cuya enumeración hace, sino de manera exhaustiva, sí en forma perspicaz y certera. Ya me parece ver esas plásticas descripciones de los movimientos que condujeron a la definitiva fundación de la villa después de las tentativas fallidas que precedieron a la intervención de Losada: la lucha con los indígenas por la posesión de la tierra; la actividad de los primeros habitantes afanados en crear fuentes económicas y enmarcarlas dentro de un ordenamiento jurídico, mientras que una minoría de amantes de la cultura en los campos del intelecto, del arte y de la moral colectiva colocaban en forma incipiente las tímidas bases de una futura conciencia ética y estética. Me parece asistir, evocados por ese perspicaz historiador, a cada uno de los acontecimientos que se van sucediendo después, a lo largo de cuatro centurias, y algunos de los cuales, como bien lo señala Calcaño, contienen en su aparente insignificancia los gérmenes de ocurrencias mayores, muchas de ellas trascendentales y aun definitivas para el destino de la ciudad. Vemos esas descripciones dramáticas, patéticas, como tendrían que ser las de los terremotos y las pestes de los siglos XVII, XVIII y XIX y de la epidemia de 1918; las de la guerra a muerte y la Emigración a Oriente, y en contraste con ellas, asistimos a aquellas en las que estalla el júbilo popular como en los desgarramientos del 19 de Abril de 1810 y el 5 de Julio de 1811... Todo eso reclama un poder descriptivo capaz de recrear en la forma más plástica, más viva y conmovedora, casi como en la obra de un novelista, la emoción individual y la emoción colectiva; y Calcaño, que por algo es músico, sabe cuanto se necesita de elevación y de entusiasmo para llenar las lagunas que los orificios del tiempo y la parvedad de los documentos depositados en los archivos han debido crear en la pictórica realidad de los hechos.

Ciertamente lo que plantea nuestro recipiendario en su bello y penetrante discurso no es cosa simple ni baladí: es algo que tiene visos de desafío. He aquí los personajes que él cita como señeros. ¿Cuántas veces hemos visto evocar las hazañas de Alonso Andrea de Ledezma, de Lope de Aguirre, de Simón de Bolívar el Viejo y de su glorioso homónimo y descendiente que en realidad no es el último sino el primero? ¿Es que se ha dicho ya todo acerca de estas figuras? ¿Es que se ha agotado el manantial psicológico de sus hechos en la concordancia secreta de sus ideas, de sus intereses, de sus preocupaciones, de sus juicios y sus prejuicios? Y si alrededor de estos que son personajes ya familiares en el trato y manoseo cotidianos de nuestra historiografía, pueden formularse tales preguntas: ¿qué decir de esos otros, oscuros, desconocidos, modestos, que discurrieron en la penumbra de los conventos y los cuarteles, en las rutinarias escribanías y en otras posiciones de

significación secundaria pero cuya gestión fue sin embargo fecunda en ideas y repercusiones? ¿Qué decir, por ejemplo, de ese Bartolomé Mejía de la Canal, caraqueño asimilado del siglo XVI, cuyo retrato nos traza Calcaño en dos pinceladas maestras? De semejantes Bartolomeses —y permítaseme esta licencia— de semejantes Bartolomeses está llena la historia y nada puede ser más tentador para el historiador perspicaz, para el historiador con sentido de recreación —aunque no de mero recreo— que sacarlos de su anonimía para colocarlos en el justo lugar que les corresponde entre la masa amorfa del pueblo y las figuras esclarecidas de sus conductores y magistrados.

Por el fluido relato que acabáis de oír a nuestro admirado colega en torno a la vida de Bartolomé Mejía de la Canal os habréis dado cuenta, señores, de varios particulares con los que se confirman las diversas virtudes o cualidades que concurren en él para destacarlo como uno de nuestros más finos historiadores: habéis visto allí a un hombre de su época, esto es, de un tiempo social determinado, rodeado de problemas históricos definidos y preparado para resolverlos según las ideas y los elementos vitales de ese momento. Esto que, aparentemente, es cosa fácil y para cuya realización bastan los documentos de los archivos y bibliotecas, ofrece no obstante muchas dificultades. Es una tarea mucho más laboriosa y compleja de lo que puede parecer a primera vista porque un personaje histórico no es una isla humana en medio de un mar informe y estático formado por indiscernibles vidas humanas. Una biografía, en realidad es una multiplicidad de fragmentos de biografías en cada una de los cuales palpita un universo de ideas, de pasiones, de necesidades, de sueños, de dolores y aun de vanidades, articulados los unos a los otros y más o menos condicionados por las superiores regulaciones morales y jurídicas que orientan la sociedad. De donde resulta que una biografía es una combinación química en la que intervienen los elementos más disímiles y aun heterogéneos aportados por la psicología y por otras ciencias inherentes a la vida del hombre en lo individual y en lo social, como son la economía, la política, el desarrollo de la cultura, las normas que orientan y definen las ideas del bien y del mal, sin olvidar la gramática.

Releed, señores, los párrafos que Calcaño dedica a la personalidad de Bartolomé Mejía de la Canal y encontraréis en su sencillez, en su aparente facilidad, todas esas cualidades que en su conjunto lo convierten en una vivida estampa de la Caracas de fines del siglo XVI y comienzos del XVII. Multiplicad eso por cien o por mil o por diez mil y tendréis una imagen aproximada de lo que ha de ser esa historia caraqueña de cuatro siglos que nuestro admirado colega pide como un hito del pensamiento y de la buena prosa venezolana en esta solemne oportunidad del Cuatricentenario de la Ciudad. ¿Cuántos otros Bartolomés, parecidos en apariencia pero en esencia distintos, habéis visto

desfilan en la celeridad cinemática de esa estampa? Yo he contado no menos de veinte, además del protagonista circunstancial: el Licenciado Francisco Rodríguez del Toro, Procurador General del Obispo en el año de 1600; Fray Pedro de Carmona, guardián del Convento de San Francisco; Don Luis de Rojas, Gobernador de la Provincia en las postrimerías del siglo XVI; Don Juan Tostado de la Peña, Alguacil Mayor; Don Francisco de Rojas; Amyas Preston, ilustre pirata inglés; Don Juan Pérez de Valenzuela; Don Melchor Quintela; Don Juan de Ponte; Don Hernán Bermudo, sastre que vivía, como es natural, con su mujer y que cultivaba, cosa menos natural, un jardín tan hermoso, tan propio, tan inimitable y característico que se le llamaba popularmente "el rosal de Bermudo"; Don García Girón, también Gobernador; el poeta Ulloa, personaje un si no es mitológico a quien Calcaño moteja de "misterioso"; el Capitán Diego de Henares, a quien califica de "primer urbanista de Caracas"; Don Miguel Gerónimo, "el primer médico que aquí se avecindó"; Don Ambrosio Tristán, hombre humilde pero que también colaboraba en la formación de la historia común; el zapatero González; el loco Saturnino, alias *Ropasanta*; Manuel Barbosa, alias *Curazado*; Carlos del Pozo, precursor de nuestros mejores electricistas; Juan José Landaeta y Juan Bautista Olivares, personas de la predilección de Calcaño y yo diría que de su espiritual parentela por el vínculo de la música. . . Y pare usted de contar. . . Multiplicadlos y tendréis a Caracas con su fisonomía peculiar con sus triunfos y sus reveses, con sus alegrías y sus dolores, siempre la misma y siempre distinta a través de los tiempos.

¿Cuántos son los tiempos de esta ciudad? He aquí un grave problema que está llamado a dilucidar el historiador y que los lectores apresurados no se preocupan por resolver. En alguna parte, tratando de nuestro Cecilio Acosta, yo mismo he aludido a dos conceptos que identificados en uno de sus perfiles difieren uno obstante en otros: he hablado del tiempo y de los tiempos refiriéndome a la vida del hombre y a la vida de sus ideas. Uno es el tiempo físico; otro el espiritual. Uno es el que hace al hombre y otro el que el hombre hace. Uno, en fin, está en singular y el otro en plural. Yo soy hombre de mi tiempo, solemos decir sin que a veces tengamos exacta noción de dónde comienza y dónde termina esa deidad que nos aprisiona y que nos impone sus normas; y cuando ya hemos vivido lo suficiente para hacer ciertos deslindes, entonces miramos atrás con melancolía y nos lamentamos: "¡Cuándo en mis tiempos!" "Si yo tuviera tiempo lo haría de este modo". . . "Si el tiempo no estuviera tan malo me procuraría un poco de tiempo para volver a esos tiempos".

Si leemos con atención el discurso de nuestro amigo apreciaremos mejor un conjunto de cualidades que le hacen interesante porque en ellas está implícita la fórmula del buen historiador. Pero para ello ante todo debemos dedicarle una parte de nuestro tiempo, y no cualquier parte él sino aquella

que solemos seleccionar para nuestras más entrañables meditaciones. Detengámonos, por ejemplo, en esos razonamientos de orden geográfico que trae a colación cuando examina las razones que hubo para trasladar a este lugar y no a otro de Venezuela, la capital del país y la maquinaria de su gobierno. Personalmente confieso que este es uno de los aspectos que más me han interesado en el estudio del fenómeno caraqueño. Ciertamente una de esas razones fue la de la fertilidad de la tierra; otra la de su proximidad al mar, camino por excelencia de la cultura y de la civilización en los tiempos en que la ciudad fue fundada y cuando comenzó a desarrollarse; otra, en fin, la del clima. Mas con ser esas las mejores, las más objetivas, sin duda habría otras razones que llamaríamos subjetivas y que desde luego un sociólogo no podría desestimar.

¿Qué fue lo que hizo a Caracas la capital por antonomasia, en aquellos tiempos ya superados, y qué es lo que mantiene en ella esta jerarquía no obstante los grandes, los fundamentales progresos alcanzados por las ciencias y por las técnicas en los últimos años? "Nuestras regiones son diferentes —señala Calcaño—. Y explica: "Un merideño y un oriental; un guayanés y un tachirenses distan mucho de ser iguales". Correcto. Sin embargo —observo yo— todos ellos son venezolanos; todos ellos se unen en un denominador común que en vez de restarlos los suma y los multiplica. ¿Qué es, en el plano más subjetivo de las ideas y de los sentimientos lo que logra este resultado y no otro contrario? ¿Y en qué medida, en qué proporción participa Caracas en este fenómeno?

No quiero, señores, abusar de vuestra indulgencia y de vuestro tiempo que sé que es precioso. Ahí tenéis el esquema que nos presenta el nuevo académico para una gran historia de esta ciudad que necesariamente, desde ciertos puntos de vista, tendrá que ser una historia de la nación y del mundo; porque la historia, repito, no es el retrato más o menos fotográfico de una serie de islas sino la relación de un gran todo orgánico, de un gran todo vivo que se llama la humanidad y sus circunstancias.

Lamentablemente para alcanzar la cumbre que avizora Calcaño cuando describe esa gran historia de nuestra Capital, concebida como una obra maestra de ciencia historiográfica e historiológica, al mismo tiempo que como un exponente de gusto artístico, todavía en nuestro país se tropieza con no pocos obstáculos que solo espíritus singulares han podido vencer a fuerza de abnegación, de desinterés y de sacrificios; porque, necesario es decirlo, no es la del intelecto la actividad que recibe mayor estímulo entre nosotros.

Señores:

Quiero terminar estas palabras volviendo al espíritu que me inspiró al iniciarlas: Que José Antonio Calcaño, el excelente escritor, el espíritu generoso y agudo, el viajero ideal de los más variados caminos, el artista, el historiador y el filósofo, encuentre en el puesto que le ofrecemos a nuestro lado no sólo los elementos que necesita para acrecer su propia obra, sino el estímulo de nuestro afecto y de nuestra admiración para que contribuya a enriquecer la nuestra. Sea, pues, el cordial compañero bienvenido al sitio que ocuparon otros ilustres colegas.

Señores